TEATRO
MODERNO

1815

ALBERTO VALERO MARTIN Y EMILIO CARRERE

EL CARRO DE LA ALEGRÍA

13

ENSA MODERNA

50 CENTIMOS

EL TEATRO
MODERNO
AÑO III 16 septiembre 1927 NÚM. 106

Emilio Carrére
Alberto Valero Martín

EL CARRO DE LA ALEGRÍA

ZARZUELA EN TRES ACTOS

Música de los maestros Corral y Campiña

Estrenada en el Teatro de Fuencarral, de Madrid, el 8 de julio de 1927.

PRENSA MODERNA
MADRID

LA NOVELA PASIONAL

APARECE LOS SABADOS
Novelas cortas de los mejores escritores galantes 50 CTS.

EL TEATRO

APARECE LOS SABADOS
Los más grandes éxitos de los mejores autores. 50 CTS.

FRU-FRU

APARECE LOS JUEVES
Novelitas eróticas de los más prestigiosos escritores. 30 CTS.

COLECCION IMPERIO

NOVELAS DE AMOR
Sugestivos originales. Primeras ediciónes. 3 PTAS.

PRENSA MODERNA
APARTADO 8.012
MADRID

EMILIO CARRERE Y A. VALERO MARTÍN

677403

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Mari Cruz...	*Srta. Badía.*
Teresa...	*" Daina.*
Constanza...	*" Torres.*
Comedianta 1.ª...	*" Cuevas.*
Idem 2.ª...	*" Herrero.*
Leandro...	*Sr. Albertino.*
Juan Manuel...	*" Ramallo.*
Corchuelo...	*" Miranda.*
Alguacil...	*" Esquefa.*
Verúlez...	*" Garcillo.*
Calderón...	*" Zapater.*
Corregidor...	*" Rodríguez.*
Mesonero...	*" Luna.*
Gañán 1.º...	*" Larrica.*
Idem 2.º...	*" Daina.*
Idem 3.º...	*" Muñoz.*

Seis alguaciles, mozos y mozas, arrieros, cómicos y pueblo.

La acción en un lugar de Castilla, a fines del siglo XVII.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Patio de un mesón. Carros con las varas en alto. Un pozo a la izquierda. Barandal sobre el patio. Dos mesas de pino pintado de rojo, junto a la entrada de la taberna, que se supone a la derecha, primer término. Unos arrieros descansan sobre unas jalmas. Las mozas sacan agua del pozo; los mozos las requiebran. Al fondo, una gran puerta corralera. La acción, en un lugar de Castilla, a últimos del siglo XVII.

ESCENA I

MÚSICA

Coro general.

Suenan con alegre alboroto
las campanas de plata,
las campanitas de oro.
Suenan campanitas, campanas,
campanitas que cantan cuando nace la aurora,
qué alegría dan todas en la mañana de bodas.
Son alondras que trinan sobre campos de amapolas;
campanitas de oro, campanitas de plata,
cantáis los amores, cantáis las nostalgias.

ELLOS. Dame agua del cantarillo, mi bien,
porque me abraso, zagala.

ELLAS. Si quieres quitarte la sed,
bebe de mi cantarilla,
mi bien,
agua fresca y cristalina.

ELLOS. No sé si mi sed calmarás,
porque la sed que me abrasa,
mi bien,

está muy dentro del alma.
ELLAS. Pues para la sed del amor
ve esta noche a mi reja, mi bien,
y allí lograrás calmarla.
ELLOS. Palabras de amor te diré.
ELLAS. Mi amante.
ELLOS. Mi amada.
ELLAS. Tú serás mi cariño.
ELLOS. Tú mi alma.
ELLAS. La gloria en mi reja florida
de un beso.
te espera, mi ilusión.
ELLOS. Esta noche te esperan los besos de mi amor.
TODOS. Suenan con alegre alborozo, etc., etc.
(Vase el coro; unos por la puerta corralera del fondo, y otros por la que se supone, a la derecha, que comunica con la posada.)

ESCENA II

Mesonero, Gañanes 1.°, 2.° y 3.° En seguida, *Teresa.*

HABLADO

GAÑ. 1.° Teresa, chica, danos de beber, que tenemos telarañas en el garguero.
TERE. ¿Queréis aloque o de la tierra?
GAÑ. 2.° De la nuestra tierra, mujer, que es la mejor del mundo.
GAÑ. 3.° Y la más rumbosa para vaciar el arca cuando llegan las fiestas de la Virgen de las Rosas.
MESO. Como que es la patrona del lugar. ¿Y no sabéis lo que es eso para el corazón? Es el día en que el mocerío se dice sus amores, y los zagales que van de ronda llevan rosas para enramar las rejas de las zagalas, que a la madrugada parecen altares. Es el día de los aniversarios que evocamos los viejos junto al fogaril, en las noches de invierno. Es el día en que las mozas ilusionadas sacan del arca familiar las antiguas preseas, que huelen a manzanas agraces, y van a tomar las arras en el presbiterio.

GAÑ. 1.° Y hogaño tendremos novedad. Habrá comedias toda la semana.

GAÑ. 2.° *(Desde la puerta.)* Aquí viene el Corregidor de la villa, y algunas personas principales.

MESO. Hola, salgamos a su encuentro, que siempre asusta la justicia, hasta a los hombres honrados.

ESCENA III

Dichos y *Corregidor, Juan Manuel* y *Mari-Cruz.*

JUAN M. Entrémonos a reposar un momento en el "Mesón de las Palomas".

MESO. Dios os guarde, señor Corregidor y la compaña.

JUAN M. ¡A ver, maese! Preparad un refrigerio, que el sol pica de firme en esta paramera castellana.

MESO. Estoy a vuestro mandar. *(A Teresa.)* Anda, chica, prepara la mesa a los señores. *(Vase Teresa por la derecha.)*

CORRE. Qué, ¿no hay gente sospechosa en el mesón?

MESO. Toda es gente de paz.

CORRE. *(Volviéndose a Juan Manuel, como prosiguiendo la conversación que traían.)* Comprendo lo que usarced me dice, Juan Manuel, pero no puedo prohibirles la entrada en el pueblo.

JUAN M. En la cárcel les metería yo. Ya veréis cómo los comediantes dejan mala memoria de su paso.

MOZO 1.° Yo los he visto de aquí a dos leguas, en una carreta engalanada, y traen un pollino con muchos lazos y con un gabán, como si fuera un médico.

MESO. ¡Mala peste de cómicos! En mi posada no entran sin la paga por delante.

JUAN M. ¡Que se vayan a dormir a las eras! *(Con mal disimulado rencor.)* ¿A que no sabéis quién viene con los cómicos?

TODOS. ¿Quién?

JUAN M. ¡Leandro!

MOZO 1.° ¿El hijo de la tía Leandra?

MOZO 3.º ¿La bruja que murió en la hoguera?

MESO. ¿Hízose cómico ese granuja?

MOZO 2.º Era un vagabundo. Vivía de lo que robaba en las viñas.

MESO. Como su madre. Era una raposa y hacía mal de ojo a las criaturas.

MOZO 2.º Pues hay que echarle a cantazos.

TODOS. ¡Sí! ¡Sí!

JUAN M. *(Al Corregidor.)* Ya lo oís, señor Corregidor. El pueblo no quiere que paren aquí los cómicos. Y menos aún viniendo con ellos ese pordiosero de Leandro.

MOZO 1.º *(Aparte al Mozo 2.º)* No parece que le ha gustado que vuelva Leandro a la rica labradora.

MOZO 2.º ¿A Mari-Cruz? Ni acordarse siquiera. Aquél noviazgo fué cosas de chicos.

MOZO 1.º Donde hubo fuego... No me gustaría estar en el pellejo del marido... Te digo que todavía le tiene ley. *(Señalando a Mari-Cruz, que estará emocionada y pensativa.)* Mira la cara que ha puesto, que parece una desenterrada.

MOZO 2.º Pero si está casada con Juan Manuel, que tiene la mejor hacienda de Castilla.

CORRE. *(Alto a Juan Manuel, con quien habrá estado hablando durante el aparte de los mozos.)* Pues yo, amigo Juan Manuel, no veo la causa de ese rencor.

TODOS. *(Menos Mari-Cruz y Teresa.)* ¡Que lo echen, que lo echen!...

CORRE. ¡Silencio!

JUAN M. Pues poco he de poder si no consigo que esa gentualla no pare ni una hora en el pueblo. ¿Vamos adentro Mari-Cruz?

MARI-C. Déjame un poco con Teresa.

JUAN M. Si es tu gusto, bien. Pero no te tardes. *(A los demás.)* Todos conmigo, que para todos habrá refresco. *(Entra por la derecha seguido de todos, menos Teresa y Mari-Cruz.)*

ESCENA IV

Mari-Cruz y *Teresa.*

TERE. Vuelve Leandro.
MARI-C. Vuelve. Viene en una carreta
de errabundos juglares, él es algo poeta
y vivirá contento entre los comediantes
yendo de feria en feria por las tierras distantes.
TERE. Y tú ¿qué vas a hacer?
MARI-C Ocultar mi pasión,
y aunque se escape el alma por los ojos parle-
[ros,
ponerle una mordaza al corazón
y llorar cuando parta con sus faranduleros.
TERE. Quién habrá de creer que por amores llora
la hidalga labradora castellana,
la de la amplia panera que atesora
el trigo rubio de la tierra llana.
MARI-C. Pues llora por amor la rica labradora.
Yo le quise a Leandro, por todos despreciado,
sin amor sin fortuna, y mi querer
se hizo más hondo al verle tan malaventurado,
que tiene algo de madre todo amor de mujer.
TERE. Novelera, novelera,
da ese cariño al olvido
y consuele tu quimera
el amor de tu marido
y el oro de tu panera.
MARI-C. Ese amor que es mi ilusión
nació con mala fortuna;
pero esta dulce emoción
la arrullo en mi corazón
igual que a un niño en su cuna.
TERE. Sé firme.
MARI-C. Lo sabré ser.
Nadie sabrá por qué llora
al cumplir con su deber
Mari-Cruz, la labradora.
MESO. *(Dentro.)*
¡Teresa, moza!

TERE. Ya voy.
¿Y tú?

MARI-C. Yo me quedo aquí
a contemplar el camino
por donde él ha de venir.
(Vase Teresa por la derecha.)

ESCENA V

Mari-Cruz.

MÚSICA

Vereda de Salamanca, caminito de Medina,
por donde vendrá el carro de la alegría.
Camino por donde viene mi amor,
carreta de la ventura que canta a la luz del sol
y sueña al claro de luna.
Un amor que yo tenía se fué por ese sendero
al son de los cantares faranduleros.
Y cuando vuelva a buscarme
ya va a encontrar en mal hora
muy triste y malmaridada a su pobre labradora.
El volverá a marcharse por la vereda,
yo le veré alejarse muerta de pena;
mi pobre amor ya nunca podrá ser,
la juventud no ha de volver,
lo que yo amé como un sueño pasó
y el viejo amor es ya dolor.
Una ilusión que siempre acaricié ya se fué,
triste rosal que no podrá jamás florecer.

ESCENA VI

Dicha y otra vez *Teresa,* por la derecha, tras *Maese Nicolás, El alguacil mayor,* que viene caladas las antiparras y leyendo en un libraco. Nicolás, avanzando y leyendo, casi tropieza con Mari-Cruz.

TERE. Hola, maese Nicolás, ¿tanto os interesa la lectura que ni siquiera reparasteis en Mari-Cruz?

ALG. Es que es muy interesante este capítulo. Yo gozo mucho con el relato de los crímenes, y aquí descríbese uno que me entusiasma.

TERE. ¡A ver, a ver!

ALG. Escuchad. *(Leyendo.)* "Cuando el criminal se convenció de que la desgraciada Fermina estaba bien muerta, se fué a la cama de la hija; con la mano derecha, la sujetó las muñecas, con la izquierda, le apretó la garganta, y con la otra, empezó a darle terribles golpes en el cráneo hasta que expiró."

TERE. ¡Qué horror!

ALG. "A los gritos de las muertas se despertó la criada y vió a un hombre que huía por el ventanal. El asesino llevaba una capa corta y unos pantalones del mismo color."

ESCENA VII

Dichos y *Corchuelo,* que irrumpe por la puerta del fondo, seguido bulliciosamente por mozos y gentes del pueblo.

VOCES. ¡Que baile, que baile el farandulero!

CORCH. ¡Dejadme en paz, canalla del demonio!

NICOL. ¡Hola! ¿Quién es este pajarraco?

MARI-C. *(Con dulzura.)*
Será un cómico de los que vienen a las fiestas.

CORCH. Señores y señoras: Yo soy un emisario
de los faranduleros;
soy el embajador extraordinario
que os envían los titiriteros.
Nos han dicho unas viejas deslenguadas
que íbais a festejar nuestro arribo a pedradas.

MARI-C. Nada de eso; venid, que ya el pueblo os espera.

NICOL. Ya estarás tú buen pájaro.

CORCH. Yo soy un pobre histrión
que tiene la desgracia de ser algo glotón;
mi ideal es casarme con una figonera,
una moza gallarda, hacendosa y muy lista,

que tenga la despensa bien prevista.
Yo soy así; es el único objeto de mi vida
olfatear por doquiera el olor a comida.
Porque, señores míos, hay ciertos langostinos
celestiales, rociados con exquisitos vinos,
y ¡qué os he de decir de los huevos al plato!
—me enloquece el torrezno hasta el asesinato—;
¿y de la gelatina, que es oro en pedacitos,
y la delicadeza de los pájaros fritos?
Y los pavos, regalo de clérigos glotones,
las doradas perdices, los excelsos capones,
las ostras voluptuosas, las espinacas castas;
los bocados mejores, las comidas más bastas;
los besugos, que son cual poetas ramplones;
los cangrejos filósofos, los épicos riñones,
alimento a propósito de bravos capitanes;
las doradas natillas y los líricos flanes;
mi estómago por todas esas cosas suspira,
¡para todos los platos tiene un canto mi lira!

TERE. ¿Y cómo no te engordan más tus bellaquerías?

CORCH. Porque eso solamente en mi mente se fragua,
y almuerzo musarañas casi todos los días,
y soy de los más fieros... bebedores de agua.

ALDEA. Ya vienen los comediantes.

ESCENA VIII

Todo el pueblo. Leandro, Calderón, Verúlez, Constanza, Comedianta 2.ª, varios Comediantes. Por la derecha, al ruido de la entrada de tanta gente, sale el *Corregidor, Juan Manuel* y los *Mozos* que entraron con ellos.

MÚSICA

CORO. No hay que dejarlos entrar ,
deben su rumbo seguir;
muera el errante juglar,
hay que echarlos a pedradas del lugar.

COME. Escuchad la canción
del comediante que errante va.

Con el negro cansancio de los caminos
llenos de pena, llegan aquí,
y al llegar al poblado, las alegrías,
las alegrías, vuelven a mí.

CORO. Que os marchéis de este pueblo, faranduleros,
lejos de aquí.

CORRE. No puede ser, no puede ser.

TERE. Me gusta esta gente; todos son muy guapos,
todos son alegres, todos son alegres;
no deben dejarlos ir.

JUAN M. Que os marchéis de este pueblo, faranduleros,
[lejos de aquí.

LEAN. Y al llegar a este pueblo las alegrías vuelven
[a mí.

CORO. Os mataremos a todos si muy pronto no par-
[tís.

LEAN. Caminar sin una ilusión, camino adelante,
sin sentir nunca la emoción de una voz amante.

CORO. Siga su rumbo la carreta del juglar,
idos al punto de este pueblo y no volváis más.

LEAN. Soy vuestro amigo, que al llegar hasta aquí,
vuestros brazos pido.

CORO. Es el hijo de la bruja, el que siempre fué un
[ladrón.

COME. Piedad. Piedad.

CORRE. Todo el mundo a callar.

CORO. Si Leandro vuelve al pueblo
nos traerá la maldición;
es el hijo de la bruja,
el que siempre fué un ladrón.

COME. Del errante caminante
tenga caridad, tenga compasión
del pobre bufón.
El rencor que tenéis al farandulero
no es verdadero ni lo sentís.
Amistad y cariño muy verdadero
deben sentir.

JUAN M. Como a canes rabiosos os mataremos
si no os vais pronto de aquí.

MARI-C. ¿Por qué volviste, amor,
que estabas olvidado en el dolor

del fondo del pasado?
Escuchad la triste canción de los comediantes
que en su camino van buscando el calor
de una voz amante.

CORO. Proseguid con vuestra canción
camino adelante,
no tendréis el calor de una voz amante.

HABLADO

LEAN. ¿Pero qué os hice yo para que me tengáis tanto odio? Yo soy vuestro paisano, vuestro amigo.

MOZO 1.º Tú eres el hijo de la ahorcada.

MOZO 2.º De la bruja.

JUAN M. No queremos que entréis en el pueblo. Sois unos miserables vagabundos.

LEAN. ¿También vos, señor Juan Manuel?

CORCH. ¡Vaya un éxito que ha tenido la presentación de compañía! ¡Y con el hambre que yo tengo!

COM. 1.ª Calla, glotón.

CORCH. ¡Qué lástima! Dicen que este pueblo es famoso por su longaniza.

VOCES. ¡Que se marchen! ¡Echadlos a cantazos!

CORRE. ¡Silencio! ¡Cállense todos!

JUAN M. ¿Es que vais a defenderles, señor Corregidor?

CORRE. ¡Todos respeten mi autoridad! ¡Silencio! *(A Leandro, cortésmente.)* Decidnos quién sois y lo que queréis.

LEAN. Yo vivo como mis compañeros, haciendo comedias por esos pueblos de Dios.

CORRE. Explicaos más a las claras y decidnos cuál es vuestra vida y vuestros propósitos.

(1) *(Yéndose al centro de la escena y tras una breve pausa.)*

Nosotros somos los comediantes,
los mensajeros de la alegría,

---

(1) Este recitado podrá decirlo indistintamente *Leandro* o *Corchuelo* o *Verúlez*, según convenga a cada compañía.

y hoy nuestros vuelos de aves errantes
nos encaminan a este lugar.
Son juveniles nuestras canciones,
son picarescos nuestros decires,
brincan gozosos los corazones
si por sus puertas pasa el juglar.

Luengas guedejas enmarañadas,
rostros joviales, gachos sombreros;
somos el coco de las posadas,
es reír siempre nuestra misión.
Así alegramos las horas malas
y algunas veces arrebatamos
prendida el alma de las zagalas
entre los versos de una canción.

Sabios refranes a las abuelas,
bélicos lances a los mancebos;
tiernos amores a las mozuelas
nuestras ficciones pueden brindar.
Y esas consejas maravillosas
de maleficios y encantamientos,
que las comadres supersticiosas
rezongan luego junto al hogar.

Va en nuestro carro de la alegría
la Celestina con sus enredos,
de Segismundo la faz sombría,
ríe Trapaza como un bufón.
Musa de Tirso, flor cervantina,
la quevedesca risa burlona,
la musa pícara que se adivina
en Rinconete y en El Buscón.

Hacemos chistes, juegos de manos,
somos valientes y puntillosos
en los galanes calderonianos,
aventureros en el "Don Juan".
De la comparsa farandulesca
las bulliciosas truhanerías,
—lances de fresca musa burlesca—
las amarguras quitando van.

Chismes, intrigas, dueñas burladas,
damas discretas, tiernos galanes,
alegres brindis, chocar de espadas.
de nuestras farsas motivos son.
Y cuando viene la negra pena
o algún recuerdo nos importuna,
tenemos presta la copa llena
de vino alegre y una canción.

Por los villorrios, por los lugares,
entre el sonoro cascabeleo
de la carreta van los juglares,
y son sus farsas de tal virtud,
que reverdecen las glorias muertas.
¡Reíd, abuelas; cantad, zagalas;
brincad, mozuelos; por vuestras puertas
pasa cantando la juventud!...

CORRE. Muy bien. Entiendo yo que vuestro oficio es tan honrado como el primero, y os concedo el permiso que me pedís.

CORCH. ¡Viva el Corregidor!

TODOS. ¡Viva!

JUAN M. Dios quiera que no tengamos que lamentar esta resolución. *(Aparte.)* ¡Algo he de urdir, por mi vida! *(Alto, a un grupo de mozos.)* Venid. *(Entrase malhumorado y seguido de los mozos por derecha, y Mari Cruz tras ellos.)*

CORCH. *(Aparte a Verúlez.)* Verúlez, ¿te enteras cómo huele? Debe ser jamón con tomate.

VERU. Es la cocina de la posada.

CORCH. Parece una afrenta a nuestras hambres. Si yo fuera autoridad, prohibiría las cocinas en los pisos bajos, porque fomentan las ideas revolucionarias.

CORRE. *(Que ha oido las últimas palabras de Corchuelo.)* En esa vida se pasarán unas hambres muy negras. ¿Verdad?

CORCH. *(Muy digno.)* Nada de eso, señor. En la vida de la farándula nadie se queda sin comer. Lo que sucede es que a veces la comida se retrasa... se retrasa dos o tres días.

VERU. ¿Dónde podríamos preparar el programa y el ensayo?

CORRE. Hay aquí un aposento muy a propósito. Pasad todos conmigo. *(Entranse todos tras el Corregidor por la derecha, y queda solo en escena Leandro.)*

MÚSICA

LEAN.

En esta calma secreta
de esta noche florecida,
un pobre y triste poeta
te canta la bienvenida.
Y aunque lloré por la suerte
maldita de mi fracaso
y el dolor de no tenerte,
no hagas caso
y escucha sin conmoverte
la tragedia de un payaso.
Hondo llanto verdadero
que vierte un farandulero,
mi amor,
todo mi amor se queda aquí;
nunca más en mi sendero
volveré a encontrarte a ti.
Cuando ya no esté
conservaré

tu recuerdo, Mari-Cruz,
y contigo el andariego,
cuando no esté ya,
soñando irá
como un ciego con la luz!...

HABLADO

(Mari-Cruz, por la izquierda.)

MARI-C. ¡Vete, Leandro! ¿A qué has venido aquí?

LEAN. ¡A verte, mi Mari-Cruz, a sentirte cerca, a llevarte conmigo, a que ya no nos separemos más!

MARI-C. ¿Enloqueciste, Leandro? ¡Estoy casada con otro! ¡Nada puede haber entre nosotros!

LEAN. ¿Es cierto? ¡No! ¡No es posible! ¡Tú me amas todavía! ¿Verdad que me amas todavía?

MARI-C. ¡Más que nunca, Leandro! ¡Tú no sabrás nunca cómo te ama la sinventura Mari-Cruz!

LEAN. ¿Entonces...?

MARI-C. ¡Vete, Leandro! ¡Vete!

LEAN. ¡Contigo!

MARI-C. ¡Calla! ¡Sé generoso! ¡Olvídame y perdóname!

ESCENA IX

(Sale Juan Manuel por la derecha, seguido de Corchuelo. Este último sale haciendo visajes y ademanes grotescos, como prosiguiendo unas súplicas que viene haciendo a Juan Manuel. Juan Manuel, al darse cuenta de la presencia de Mari-Cruz y de Leandro, párase en seco y quédase mirando a su esposa con dureza y con reproche. Mari-Cruz baja los ojos al suelo, sobresaltada, y Leandro yérguese altivamente frente a Juan Manuel.)

JUAN M. ¡Mari-Cruz!...

MARI C. *(Aparte.)* ¡Mi esposo!

JUAN. M. ¿Cómo no estáis en casa? ¿Han de hacerse las

obligaciones solas, mientras platicáis bobadas y niñerías?

LEAN. *(Aparte.)* ¡Labrador del diablo!...

CORCH. *(A Juan Manuel, como continuando la conversación que traían.)* ¡No nos tengáis tanta enemiga, señor! ¡Volved de vuestro acuerdo y no hagáis por que nos echen! ¡Los cómicos no hacemos mal a nadie!

JUAN M. *(Volviéndose a él y con doble intención.)* ¿Qué sabes tú, papanatas, del mal que podéis hacer los cómicos? *(A Mari-Cruz.)* Mari-Cruz, ¡vamos! *(Señalando autoritariamente a la puerta del fondo, Mari-Cruz dirígese con humildad hacia la salida. Juan Manuel la sigue de cerca.)*

LEAN. *(A Juan Manuel.)* No es para ponerse así, señor Juan Manuel.

JUAN M. *(Volviéndose rápidamente.)* ¡Me pongo como me cuadra! ¡Y enmudeced luego, si no queréis que os arranque la lengua y enmudezcáis para siempre!

MARI C. *(Al ver que amenazan con acometerse, se interpone.)* ¡Por Dios!

LEAN. Para todo habrá lugar, si buscáis pendencia. Ahora callemos, por Mari-Cruz.

JUAN M. *(Después de desafiarle con la mirada.)* Decis bien. ¡Habrá lugar para todo! *(Toma de la mano a Mari-Cruz y sale con ella por el fondo.)*

CORH. *(A quien ha extrañado mucho la breve escena anterior.)* ¡Ah! ¿Pero éste?... ¿Pero ésa?... ¿Conque ella es vuestra adorada de la mocedad y ese labrador su esposo? ¡Pues la hemos hecho buena! ¡Así estaba aconsejando a los mozos que nos exterminasen! ¡No me llega la camisa al cuerpo!...

LEAN. Yo estoy, en cambio, alegre. Porque, aunque ella disimula, ¡yo sé que me ama, Corchuelo! ¡Lo he leído en sus ojos! ¡Yo sé que me ama!

ESCENA X

Teresa, Leandro, Corchuelo, Corregidor, Mesonero, Cómicos y coro general.

MÚSICA

(Se oye un Arriero que viene cantando. Por la derecha salen Corregidor, cómicos y gente del pueblo.)

ARRIE. No alumbres, luna lunera;
dile a la noche que te esconda,
que por la mi niña salgo yo de ronda;
ya sabes cómo me espera
escondidica en la sombra.

COME. Buenas noches.

CORO. Dios os guarde.

CORRE. Buenas noches nos dé Dios.

CORO. Bien venido,
Dios le guarde
al señor Corregidor.

CORRE. Dios te guarde, Teresica
y que a todos guarde Dios.

TERE. Noche de luna clara.

CORCH. Hermosa mesonera,
si usarced me quisiera
con gusto en el mesón
yo me quedara.

TERE. ¿Seríais mesonero?

CORCH. Sería mesonero si es forzoso,

TERE. Pronto entró el amor.

CORCH. Pues ya te quiero,
y a tu lado sería venturoso
con que me dejes ser
tu despensero.

LEAN. A ver, moza, la guitarra
y una jarra de buen vino,
ese vino que me alegra
de la negra
fatiga del camino.

CORCH. Si tú quieres, Teresica,

te daré mi corazón.
TERE. Yo no quiero amoríos
con forasteros,
que en asuntos de amores
son traicioneros;
nos engañan de noche
con sus palabras,
y se van muy de prisa
por la mañana.
CORCH. Que venga baile.
CORO. Ya las parejas
a punto están,
las seguidillas
comiencen ya,
revuele alegre tu saya parda
a los acordes de la guitarra.
LEAN. Tus ojos negros
cuando me miran, mi amor,
son estrellas que iluminan
el altar del corazón.
Mari-Cruz mía,
yo moriría de amor
si apagadas algún día fatal
las estrellas dejasen sin luz
el altar.
CORO. Jamás se olvida de Mari-Cruz,
recuerda toda su juventud.
CORO. El baile empezad.
TERE. Formen las parejas.
CORCH. Disponeos a bailar.
CORO. Por tu cara, preciosa,
me estoy muriendo,
y perdiera la vida
por darte un beso;
dime en qué parte
cae tu alcoba, salada,
para buscarte.
TERE. Yo no quiero amoríos
con los arrieros,
que en cuestiones de amores
son embusteros,

nos engañan de noche
con sus palabras
y se van muy de prisa
por la mañana.

MESO. La cena ya está dispuesta,
cada cual vaya a su sitio,
se acabó ya el bailcteo,
cada mochuelo a su olivo.

TODOS. Pongamos todos el alma entera.
Todo mi pecho
se enciende en ansias de amor,
ansias que hermosos afanes
nacen en el corazón.
Tus ojos negros
son dos hogueras de amor;
déjame abrasarme en ellos, mujer;
morir de esa muerte
la gloria ha de ser.
(Entran al hogar arrieros y mozas. Otros se van lentamente por el foro.)

TELON

CUADRO SEGUNDO

Es de noche. Plazoleta de la ciudad. Casas viejas con rejas y ventanas. Al fondo, la de Mari-Cruz, de aspecto rico, casa de labradores acomodados. Practicable al fondo, a la derecha y a la izquierda del escenario, que se suponen callejuelas de la ciudad. Hay luna y luceros, que se irán apagando lentamente, hasta quedar solo el de la mañana, al final del cuadro, cuando las campanas repican a misa de alba.

ESCENA I

Verúlez, Constanza, Comedianta 2.ª por la izquierda.

CONS. Hemos vuelto a extraviarnos, Verúlez. Si seguís guiando vos, no daremos con la posada en toda la noche.

VERU. ¿Y qué prisa os corre, Constancica? ¡Las posadas! ¡Por no ver la cara a los posaderos!

COM. 2.ª Gente grosera, cierto. Todos quieren la paga por delante.

VERU. Y eso que a vosotras, las mujeres, os ha guardado mayor cortesía. Os permite que durmáis en el pajar. Pero a Corchuelo y a mí nos ha aposentado en la cuadra.

COM. 2.ª ¡Pobre Corchuelo!

VERU. *(Remedándola.)* ¡Pobre Corchuelo! *(Indignado cómicamente.)* ¡Ingrata! ¿Y yo, el pobre Verúlez? ¡Al pobre Verúlez que le parta un rayo!

CONS. *(Mirando hacia la izquierda y sobresaltándose.)* ¡Juraría que han vuelto a pasar por allí los alguaciles de la ronda! ¡Tengo un temor muy grande!

VERU. ¡Qué pueblo éste! No se gana para sustos. Primero, el topetazo con los mozos rondadores, que, aunque Leandro va con ellos, nos miraban como desafiándonos. Luego, el encuentro más temeroso que puede hallarse en el mundo, el de los alguaciles, que por nada torturan y encarcelan, y para postre, la esperanza de dormir bajo las pesebreras de una cuadra, expuesto a las patas de las bestias y a los puños de los arrieros...

COM. 2.ª ¡Callad, por Dios, Verúlez! ¡Si con el susto que tenemos, aún queréis aumentarlo!... ¡Brava defensa nos dais!...

CONS. *(Sobresaltándose otra vez.)* ¡Los mozos! ¡Otra vez los mozos! Los que miraban a Verúlez con tanta saña. Escuchad...

COM. 2.ª A nosotras nos miraban blandamente, Constanza. *(Se oyen, lejanas, las bandurrias de los mozos.)*

VERU. ¿Blandamente? ¡Pues ahí os quedáis, y que os miren como más os guste! *(Huye por la derecha.)*

CONS. *(Siguiéndole.)* ¡No nos dejéis solas! ¿Qué teméis? ¿No visteis que Leandro va con ellos? Son los más leales amigos de su juventud.

COM. 2.ª *(Desapareciendo tras Constanza.)* ¡Qué lástima! ¡Hay algunos tan hermosos! *(Vanse.)*

ESCENA II

Leandro, con el coro de mozos, por el fondo. Salen con rosas y con ramas con que engalanar las rejas de las mozas.

MÚSICA

CORO y LEAN. Mientras duermes, amada mía,
lleno tu reja de flores,
para que al nacer el día
te recuerden mis amores.
Novia mía, mi bien amada,
la vida daba por verme
donde mi dueña adorada
duerme, duerme.
Quién fuera rayo de luna
que poco a poco por tu ventana
se va acercando a tu lecho,
para besarte la cara;
quién fuera rayo de luna clara.
Luzcan frescas y lozanas para mi amor
estas rosas, menos rojas que mi pasión.
Luzcan ardiendo en afanes y en inquietud,
estas rosas como llamas de juventud.
Corazón que loco estás,
como en la siega la espiga
temblando estás.
Cariño, con qué emoción
haces temblar a la rosa del corazón.
(Vase la ronda y queda Leandro mirando la reja de Mari-Cruz.)

ESCENA III

Corchuelo, por la izquierda.

HABLADO

CORCH. Daréis en loco, Leandro. Eso no es amor, sino delirio.

LEAN. ¡Calla, necio!

CORCH. ¿Necio? Vos venís, como agonizante, a llorar sobre una reja menos dura que el corazón de vuestra amada. Yo, a esperar a Teresica, que acudirá con las faltriqueras repletas de golosinas para mí. ¿Eh? ¿Quién es el más necio?

LEAN. *(Como para sí, y extasiándose ante la reja de Mari-Cruz.)* ¡Mari-Cruz!... ¡Todos los sueños de la mocedad vuelven frente a tu ventana a llenarme el sentido y el corazón!

CORCH. ¡No tenéis remedio! ¡Aún ignoramos si nos acostaremos sin cenar, y vengan lágrimas sobre suspiros frente a la reja de una mujer que se estará muy a gusto en los brazos de su marido!

LEAN. *(Súbita y doloridamente.)* ¡Por piedad, Corchuelo! ¡No me recuerdes lo que quisiera arrancarme con la vida!... *(Transición.)* Atiende, por seco y comilón que seas. Yo nací en este lugar...

CORCH. Eso, sí sé, Leandro.

LEAN. Mi madre leía la suerte de las criaturas en las palmas de las manos y conocía el poder medicinal de las plantas y de los arbustos. Con ello tiraba de mí, y nos sustentábamos. La Inquisición vino sobre nosotros, y mi madre, que era una santa, murió en la hoguera, quemada por los verdugos, acusada de hechicera.

CORCH. *(Miedoso.)* ¡No ofendáis a la Inquisición, porque pueden aparecer inquisidores de entre las piedras!

LEAN. *(Sin hacerle caso.)* Mari-Cruz vióse apartada de mí, por tiranía de sus padres, y prometida a un rico labrador de este lugar, en cuyos brazos,

¡malhaya de mí!, dormirá ahora. Yo tuve que escapar, tal que un leproso, y como nací poeta, me uní a vuestro carro de comediantes.

CORCH. Que es, ¡con mil diablos!, como unirse al ayuno y a la penitencia. *(Transición y avizorando las callejuelas.)* Pero Teresa se tarda...

LEAN. *(En el mismo tono apasionado y sin atender a las palabras de Corchuelo.)* Mas yo estoy cierto de que Mari-Cruz me quiere todavía. ¡Y si de veras me ama, he de llevármela conmigo, aunque quieran estorbarlo todos los demonios del infierno! ¿Qué piensas tú?

CORCH. Pienso en comer, Leandro.

LEAN. ¡Desgraciado de ti!

CORCH. ¡Ya me lo diréis por esos caminos, cuando las hambres os acometan y hayáis de recurrir a mí, que pienso llevarme la despensa de Teresica en mis alforjas!

LEAN. ¿Y en eso sólo piensas?

CORCH. Y en algo más. *(Sacando misteriosamente de un bolsillo un cencerro atado a un collar de cuerda que muestra a Leandro.)* ¿Qué veis aquí?

LEAN. *(Con extrañeza.)* ¿Un cencerro?... No comprendo...

CORCH. *(En tono confidencial y secreto.)* El alguacil mayor ha recibido un anónimo advirtiéndole que esta noche ha de escaparse con su amante una mujer casada. Ya sobre aviso, el alguacil vigila por todas partes con su ronda, y no sería gracioso que me descubriese con Teresica.

LEAN. ¿Y eso qué tiene que ver con el cencerro?

CORCH. He sabido que al alguacil le dan gran miedo los toros bravos. En estos prados vecinos los hay de mucha casta, y he inventado colgarme este cencerro al cuello *(Colgándoselo en efecto.)*, con lo que el alguacil, tan pronto yo le suene *(Haciéndole sonar.)*, no osará acercarse ni a un tiro de arcabuz. *(Como orgulloso de su industria.)* ¿Eh? ¿Qué tal?

LEAN. Aun sin ganas me obligáis a reír. Hacéis una figura...

CORCH. ¡De cabestro! Podéis decirlo sin que me ofenda. ¡De cabestro! *(Descuélgase el cencerro y lo guarda.)*

LEAN. Cada cual a lo suyo, Corchuelo. Tú, a tu negocio de glotón. *(Mirando a la reja de Mari-Cruz conmovidamente.)* Yo, a coger rosas para enramar la reja de Mari-Cruz. *(Vase por la calleja del fondo.)*

CORCH. *(Escudriñando por la derecha.)* Corred, que acá Teresica se acerca.

ESCENA IV

Corchuelo, y por la derecha *Teresica.*

(Teresa trae las viandas que se supone que la ha suplicado Corchuelo. Pero por bromear lo disimula hasta que otra cosa indique el diálogo.)

MÚSICA

CORCH. Con afán te esperé.
TERE. Vine corriendo hacia aquí.
CORCH. ¿Serás firme, mujer?
TERE. Mientras no me canse, sí.
CORCH. Mi bien, mi luz, mi amor,
temblé con gran temor,
pues te creí, por Dios,
perdida ya, mi amor.
TERE. No sé por qué en verdad
podéis temer
de niña tan formal;
yo siempre fuí,
lo juro por mi honor,
más fiel siempre al amor.
CORCH. Eso está bien
y a mí muy bien me va,
pues soy, ya veis,

de buena calidad.
TERE. Decís y habláis, por Dios,
sin luz, matiz, ni amor;
cuidad de ser gentil;
mirad, copiad así.
CORCH. Mas por favor,
socorro dadme ya,
me mata atroz debilidad.
TERE. Señora, amo vuestra gentileza seductora.
Linda luz de la aurora,
amé tu triunfadora
gracia de abril.
CORCH. ¡Qué loca estáis, señora!
Con hambre amo yo ahora
sólo un pernil.
TERE. Bella, gentil señora,
tan linda y seductora,
rival de abril,
linda sois como una aurora
de áureo lucir.
CORCH. Ay, qué demonio de mujer,
es Lucifer,
pues sí que es Lucifer.
TERE. No sabrás querer.
Dime si eres dichoso,
mi dulce edén,
mi cariño, mi dueño, mi bien.
Vedme, Corchuelo; fijaos, mi cielo,
y reparad, cómo haréis
para me enamorar.
CORCH. Mira, divina mía;
divina reina, mira, preciosa,
lucero peregrino,
lucero matutino,
lucís aquí.
Eres hermoso y divino,
decidlo así a mí.
Buena está de aquí.
TERE. Yo no podría amarte
con tu desdén;
sed gentil, sed galán,

sed cortés.
Oye, lindo Corchuelo,
rostro de cielo,
si así hacéis vos,
brincará el corazón de los dos,
no puedo más de tanto amar.

CORCH. Bueno, que loca está.
¿Cuándo voy a comer?

TERE. No lo sé, pobre de mí.

CORCH. Maldición de mujer.

TERE. Maldición y te amo a ti.

Los DOS. Por Dios, mi amor,
no sé ni qué pensar;
te pido por favor
que no te burles más.

CORCH. ¿Qué traes?

TERE. Mi amor glotón.

CORCH. Pues sí que es gran ración
tener amor.

TERE. Bobo, tonto,
no puedo yo traer,
mi bien, con que comer.

CORCH. Boba, tonta,
que Dios te mate. Amén.

HABLADO

TERE. ¡Corchuelillo!

CORCH. ¡Vete al cuerno!

TERE. ¡Y al infierno vos!

CORCH. ¡Taimada!
¡Muy bien! ¡Pues me iré al infierno,
que huele a carne tostada!
¡Adiós, y hasta nunca, pues!

TERE. ¡Muy mal amante hacéis vos!
(Viendo que Corchuelo, cómicamente enfadado, se dispone a marchar.)
¿Dónde vais?

CORCH. ¿Pues no lo ves?
¡Que me marcho!

TERE. ¡Adiós!

CORCH. ¡Adiós!
(Inician la retirada, Corchuelo por la izquierda y Teresica, burlando, por la derecha; pero al ver que Corchuelo se va de veras, corre hacia él mimosa y le detiene.)
TERE. ¡Corchuelo! ¿Te has enfadado?
CORCH. La cosa es para enfadar.
¿Pues no ves que has olvidado
que no tengo que cenar?
TERE. ¡Hablemos de amor, Corchuelo!
CORCH. ¿De amor nada más? ¡Ingrata!
TERE. *(Con mucho énfasis cómico.)*
¡Mira qué lindo está el cielo!
¡Mira qué luna de plata!
¡Hablemos de nuestras bodas!
CORCH. *(Con mal humor.)*
¡No es noche de recitados!
TERE. ¡Esta noche es como todas
para los enamorados!
Dí, Corchuelillo, ¿tendré
el consuelo y la alegría
de daros mi mano un día,
aunque vos toméis el pie?
CORCH. *(En una transición y viendo si, enamorándola, podrá conseguir lo que desea.)*
Sí, tendrás. ¡Cese tu pena!
¿Y tendrás, a más, mi cielo,
rebuscando en tu alacena,
torreznos y pan?...
TERE. ¡Corchuelo!
¡Torrezno a mi amor prefieres!
¡Qué pesadumbre me dáis!
CORCH. *(Desesperándose.)*
¡Vamos, te digo que estáis
locas todas las mujeres!
TERE. ¡Qué enamorada expresión!
¡Torreznos!...
CORCH. *(Muy meloso.)*
Pero, azucena,
¿es que sin la tripa llena
latir puede un corazón?

TERE. *(Transición. Ríe alegremente, y decide no alargar más la tortura de Corchuelo. Muéstrale la comida y una botella. Todo lo mira Corchuelo con ojos de delicia y de codicia.)*
¡Dices bien! ¡Todo fué broma!,
cuenta me doy, y aquí ves
cuanto trae mi amor.

CORCH. ¡Oh!

TERE. ¡Toma!

CORCH. *(Radiante de felicidad.)*
¿Vino?
(Arrebatándole la botella.)

TERE. ¡Sí!

CORCH. *(Tras de echar un trago.)*
¡Qué rico es!

TERE. *(Ofreciéndole torreznos.)*
¡Comedme dicen!

CORCH. ¡Valedme,
dioses!
(Se come con precipitación un pedazo y esconde el resto disimuladamente en un bolsillo.)

TERE. *(Viendo que nada deja para ella.)*
Corchuelo, ¿y a mí?

CORCH. *(Con la boca llena.)*
Cómo decían comedme,
¿yo qué iba a hacer?, ¡los comí!
(Simulando el énfasis cómico con que hablaba Teresica al principio de la escena, y tras una breve pausa.)
Pero, bella entre las bellas
¿es que no tienes, ingrata,
bastante con las estrellas
y con la luna de plata?
¡A tu alma pura conviene
más que el torrezno el amor!
(Tras otra breve pausa, y en una transición, vuelve a sacar y a colgarse el cencerro.)
Ve un cencerro, por si viene
cerca el alguacil mayor,
entienda que hay un cabestro
suelto tal vez tras un toro,

y escape, y no estorbe nuestro
madrigal. *(Muy mimoso.)* ¡Dulce tesoro!
¡Y vamos ya, por mi vida,
para amarnos placenteros
en la pradera escondida
bajo los claros luceros!...

TERE. *(Cómicamente severa y disponiéndose a marchar con él.)*
¿Nada osarás que me ofenda?
¡Es de caballeros ley!

CORCH. *(Tomándola de la mano y desapareciendo con ella por la derecha.)*
¡Piensa que esta noche, prenda,
yo tengo que hacer el buey!...
(Vanse.)

ESCENA V

Por la calleja del fondo, el *Alguacil* mayor y seis *Alguacillos*. Los tres de negro, con linternas encendidas en las manos, y el ademán avizor y misterioso.

MÚSICA

TODOS. Vigilad, vigilad.

ALG. Buenas están las mujeres,
sólo conozco yo aquí
una pura y sin baldón:
la que Dios me ha dado a mí.

TODOS. Una no más, vive el cielo,
porque así lo quiso Dios,
pura es en este lugar:
la del alguacil mayor.

ALG. ¿Quién la adúltera será?
Tiembla, infame criatura,
porque el alguacil procura
encontrarte y te hallará.

TODOS. Sois avizor más que nadie.

ALG. Eso es verdad, vive Dios.

TODOS. Vigilad, vigilad.

ALG. Seguid, valientes, la persecución,

busquemos todos con resolución.

TODOS. Y así es seguro que la apresemos
como hay Dios.

ALG. Las negras sombras
se iluminarán
de las linternas
a la claridad,
porque un farol
de un resplandor revelador
me traigo yo.
Vigilad, vigilad.
Busco yo aquí con mi ronda
una liviana mujer,
y he de hallarla, sin dudar,
antes del amanecer.

TODOS. Busca él aquí con su ronda
una liviana mujer,
y ha de hallarla, sin dudar,
antes del amanecer.

ALG. ¿Quién la adúltera será?
Tiembla, infame criatura,
porque el alguacil procura
encontrarte y te hallará.

TODOS. Sois más feroz que una hiena.

ALG. Decid más bien que un león.
Vigilad, vigilad.
Seguid, valientes, la persecución,
busquemos todos con resolución.

TODOS. Y así es seguro que la apresemos
como hay Dios.
Las negras sombras, etc., etc.

HABLADO

(Hasta la escena llega el ruido del cencerro que agita Corchuelo, advertido de la proximidad de los alguaciles.)

ALG. *(Con gran susto y colocándose de dos saltos a las espaldas del Alguacilillo 1.º)* ¡Voto... voto...! ¡Voto a Dios! ¿Cornú... cornú...? ¿Cornúpetos a mí? *(Con grotesca jactancia y aga-*

chado y escondido tras el Alguacil, que muestra también alguna inquietud.) ¡Pues si me enfado, capaz soy de no dejar un toro de casta en la comarca!

ALG. 2.° *(Tras escrutar un instante hacia la derecha, haciéndose sobre los ojos visera con las manos.)* Paréceme, señor, que quien allá se rebulle más tiene figura de hombre que de toro.

ALG. *(Envalentonándose.)* ¿Qué decís?

ALG. 2.° Digo que un claro de luna me descubre, como a cien pasos de aquí, a un hombre muy amartelado con una dama.

ALG. ¿Estáis seguro?

ALG. 2.° Vedles, señor. *(Señalando a la derecha.)* Ahí están en la pradera.

ALG. *(Volviéndose hacia el Alguacilillo 1.°, que aún no parece tranquilo, en un arranque grotesco.)* Y vos, papanatas, ¿qué hacéis ahí como de piedra? Acercaos, y ved si es cierto lo que vuestro compañero asegura.

ALG. 1.° *(Indeciso.)* Con que él asegure, basta.

ALG. *(Empujándole y siempre a sus espaldas.)* ¡He dicho que miréis!

ALG. 1.° *(Acércase reacio y mira, tranquilizándose.)* ¡Es un hombre, señor! *(En este momento los tres desenvainan sus espadas y se dirigen hacia la derecha. El Alguacil mayor, con alguna inquietud todavía. Cerca de la salida, los dos Alguacilillos se inclinan y abren calle para que el Alguacil mayor pase primero; pero éste, empujándolos hacia delante con esfuerzo, exclama con la voz un poco trémula.)*

ALG. ¡No, no! ¡Sin etiquetas! ¡Echad por delante vosotros! *(Vanse los tres por la derecha, y un instante queda la escena sola.)*

ESCENA VI

Leandro, por la izquierda.

(Trae un manojo de flores en las manos y párase mirándola con mucho amor frente a la reja

de Mari-Cruz. Mirando hacia la derecha, por donde se escucha ruido.)

JEAN. ¡Se acerca la ronda! ¡No comprometamos la buena fama de Mari-Cruz! ¡Ocultémonos por aquí! *(Ocúltase, en efecto, tras la esquina de una casa.)*

ESCENA VII

(A poco, por la derecha, Corchuelo, Teresica y los tres Alguaciles. El Alguacil mayor trae por una oreja a Corchuelo, que lleva el cencerro al cuello. Los otros dos Alguaciles le escoltan, y Teresica le sigue en una actitud dolorida y suplicante. Luego un Criado del Alguacil mayor.)

ALG. *(Dando tirones de la oreja a Corchuelo, que hace cómicos aspavientos de dolor.)*
¡Venid acá, buena pieza!
¿Conque cencerricos, eh?
¡Poco os valió la agudeza,
ladronzuelo, os atrapé!

CORCH. ¡Señor, que la oreja es mía!

ALG. ¡Del verdugo sí será!

CORCH. ¡Hombre, y con qué monería
lo habéis dicho!...

TERE. *(Implorando al Alguacil mayor.)*
¡Basta ya!
¿No os da duelo?

ALG. ¡Es un mal hombre!

TERE. ¡Le hacéis daño al infeliz!

ALG. ¡Y arrancarle he, por mi nombre,
las orejas de raíz!

TERE. ¡No le hagáis mal!

ALG. ¡Cuanto vos
más supliquéis, Teresica,
más tiraré!

TERE. ¡No, por Dios!

ALG. *(Dando un tirón de la oreja a Corchuelo.)*
¡Miradlo!

CORCH. ¡Enmudece, rica!

ALG. *(A Teresa, sin soltar a Corchuelo, y con un gran empaque.)*
Y tú, necia, ¿te incomodas
porque he querido guardar
tu nombre como el de todas
la mujeres del lugar?
¿Ignoras que por las damas
ando, y vuelvo, y torno, y voy,
y en el celo de sus famas
lo mismo que un lince soy?
(Entra corriendo el Criado del Alguacil mayor, y allégase, jadeante, pálido y tartamudeando, hasta encararse con él.)

CRIA. ¡Qué desgracia! ¡Vuestra esposa
saltóse por el desván
disfrazada y sigilosa
y escapó con su galán!
(Todos, menos el Alguacil mayor y el Criado, disimulan a duras penas la risa.)

ALG. *(Con sorpresa y respingo muy cómicos y sin soltar aún la oreja de Corchuelo. Al Criado.)*
¿Qué decís? ¡Oh, la traidora!
¡Oh, infame y vicioso amor!
¿Dónde está mi honor ahora?

CORCH. *(Pugnando por no reír.)*
¡En ridículo, señor!

ALG. *(Tirando, con la ira más fuerte aún, de la oreja a Corchuelo.)*
¡El ánima me traspasa
la afrenta que se hizo a mí!

CORCH. *(Con un pie en alto y llevándose la mano a la oreja dolorida.)*
¡Id, que hacéis en vuestra casa
mucha más falta que aquí!

ALG. *(Suelta por fin a Corchuelo, y da grandes y agitados paseos por la escena.)*
¡Estoy que embisto, por Cristo!
¿Conque ha mi honor mancillado?
¡Os juro que estoy que embisto!

CORCH. ¡Y eso es lo más indicado!

CRIA. *(Viendo de tranquilizar a su amo.)*

Señor...

ALG. *(Sin cesar en sus paseos y en sus demostraciones de grotesca rabia.)*
¡Idos al infierno!

CRIA. Pensad que en estos instantes
habéis menester...

ALG. ¡Un cuerno!

CORCH. ¿Pero no tenéis bastantes?

ALG. *(Verdaderamente y cómicamente frenético y ciego de coraje.)*
¡La mataré como a un perro!
¡A él y a mi esposa! ¡A los dos!

CORCH. *(Sácase muy de prisa del cuello el collar de cuerda con el cencerro, arrojaselo al Alguacil mayor, que corre ya hacia la izquierda y nada repara con el enojo.)*
¡Ea! ¡Tomad el cencerro,
que os cuadra mejor a vos!
(Los dos Alguacilillos y el Criado corren tras el Alguacil mayor, y desaparecen con él por la izquierda.)

TERE. *(Con ingenuidad.)*
¿Yo debo escaparme?

CORCH. ¡Sí!
Pues vendrán a nos buscar.

TERE. ¡Adiós, pues!

CORCH. Yo quedo aquí
por mejor disimular.
(Despídense con zalamería y vase Teresica por la derecha.)

ESCENA VII

Corchuelo, Leandro; a poco, *Calderón.*

LEAN. *(Aparece riendo en la esquina tras la que se ocultó.)* ¡Gran peligro corriste, ganapán!

CORCH. ¿Pero habéis visto?...

LEAN. Todo.

CORCH. ¡Pues os quedo muy agradecido por vuestra defensa! ¡Han podido desorejarme!

CALD. *(Muy de prisa, por el fondo.)* ¡Gracias a Dios que doy con vosotros, Leandro!

LEAN. ¿Me buscabais?

CALD. Con harto mal tino, porque os buscaba por el otro extremo de la ciudad. Al fin, discretamente, pude averiguar la casa de vuestra amada. Entonces corrí con la seguridad de encontraros.

LEAN. ¿Y qué es ello?

CALD. Que estamos dando mucho que hablar los comediantes, y que ya pasan de la cuenta los comentarios que acerca de vos y de vuestra Mari-Cruz suenan por ahí. El no encontraros en la posada, y el saber que rondabais esta plazuela, es motivo de muchos decires en tabernas y garitos.

CORCH. ¿Y eso qué importa a nadie?

CALD. Tanto importa, que prepárase una revuelta contra nosotros, y mañana caerá el pueblo sobre los cómicos, cuando la función, si seguimos irritándole.

LEAN. Desatináis.

CALD. Alguien gobierna las voluntades en nuestro daño, Leandro. Recojámonos a dormir y no provoquemos la enemiga de estas gentes. Os digo han tomado a impertinencia vuestra actitud.

LEAN. *(Fijos los ojos en la reja de Mari-Cruz.)* ¡No puedo arrancar de aquí! ¡Parece que el alma ha criado raíces bajo estas piedras! ¡Aquí he de estar, pese a quien pese, y he de verla y hablarla, si se opone la ciudad toda! *(Suena en un campanario lejano la campana del alba.)*

CALD. ¿Pero estáis loco? ¿Ha de salir ella para que la veáis?

LEAN. A misa de alba, sin duda.

CORCH. *(Miedoso.)* Ved que antes que las mujeres a sus misas suelen salir los labradores a sus tierras, y bien podría ser que..

LEAN. ¡El que tema, que se vaya! ¡Yo no me muevo de aquí!

CALD. ¡Bravísimo! Y que estas gentes nos odien, y

que mañana nos maten en la representación.
¡Eso es jugarse el pan!

CORCH. ¡Eso es sagrado, Leandro!

ESCENA VIII

Dichos y *Juan Manuel.*

(Juan Manuel sale de la casa de Mari-Cruz. Leandro intenta encararse con él, y Calderón se le lleva hacia un extremo de la escena, procurando que las últimas sombras las rescaten. Corchuelo queda medroso y sorprendido, sin saber qué hacer. Juan Manuel se dirige a Corchuelo, pero ha visto a Leandro y a Calderón también, y a los tres se dirige con la intención.)

JUAN M. ¿Ahí estáis...: de paseante?

CORCH. *(Confuso y como el que quiere hablar con naturalidad y en modo alguno provocar cuestiones.)*
Mucho madrugasteis vos.

JUAN M. *(Clavando la mirada en Leandro.)*
Siempre hay que andar vigilante
defendiendo, Dios mediante,
cuanto debemos a Dios.
Trabajos no hay que excusallos.
Son de hombre honrado desvelos,
y hay que salir a afrontallos
cuando los primeros gallos
y antes que aclaren los cielos.
La casa, el campo y la esposa
piden defensa briosa:
con la mancera el terruño,
la casa con tiento y puño,
¡y con la vida la esposa!
(A Corchuelo.)
¿Entendéis?

LEAN. *(Apart., con ira, y fuertemente sujetado por Calderón.)*
¡Si me valiera!...

CORCH. *(Cada vez más miedoso.)*
¡Nada entiendo, por mi vida!
(Suena lejana la canción del coro de mozos, hasta el final del cuadro. Continúa el toque del alba en el campanario.)

LEAN. *(Aparte a Calderón y pugnando por desasirse.)*
¡Este necio! ¡Le odio!

CALD. *(Aparte a Leandro.)*
¡Espera!

JUAN M. *(A Corchuelo, pero fijándose también en los otros, con arrogancia.)*
¡La tierra con la mancera,
y la esposa con la vida!
¿Aún no entendisteis?...

CORCH. *(Queriendo hablar de otra cosa, y aludiendo al canto de los mozos, que se acerca muy poco a poco.)*
Señor...
Ved qué hermoso canto es ése...

LEAN. *(Aparte a Calderón.)*
¡Yo no aguanto!...

CALD. *(Llevándose a la fuerza a Leandro por la derecha.)*
¡Por favor!...

JUAN M. *(Alzando la voz para que le oiga Leandro.)*
¡Pues a fe que me entendiese
el menos entendedor!
(Corchuelo, sin dejar de sonreír a Juan Manuel, ha ido retrocediendo hasta desaparecer tras Leandro y Calderón. Juan Manuel, arrogante, mira un instante cómo se alejan, y vase después, muy pausado y erguido, atravesando el escenario hacia la izquierda, para reunirse en el campo con sus gañanes. Enmudece el coro y las campanas. Juan Manuel advierte que en la ventana ha dejado un ramo Leandro. Lo coge con un gesto de ira.)
Insolente proceder,
pues o cedes, vil histrión,
en celar a mi mujer

o esto mismo voy a hacer
con tu propio corazón.
(Orquesta y

TELÓN

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Las afueras de la ciudad. A mano derecha, la fachada del mesón, cuyo patio aparece en el primer acto. Sobre la portalada, un letrero que dice: "Mesón de las Palomas". Al fondo, otro viejo caserón, con otro letrero sobre la puerta: "Posada del Estudiante". Y al fondo también, esquinado a la izquierda, un tercer edificio rústico con otro letrero: "Parador de Santa María". Un poco más allá del centro de la escena, armado de través, el retablillo de los cómicos, cubierto por una cortina.

ESCENA I

Mozas y mozos. Algunas viejas y viejos. En seguida *Constanza.* Luego, *Alguacil.*

HABLADO

MOZ. 1.ª Pues, la verdad, tales lances son de mucho gusto y diversión. ¿Qué han de hacer si aún se aman?

VIE. 1.º ¿Sabrás lo que dices, con mil diablos? ¿Es que una mujer honesta, desposada como manda Dios, ha de dar oídos a otros amores que a los de su esposo, y a otros juramentos que los que prestó en la iglesia?

MOZ. 2.ª Ello será como decís, pero Mari-Cruz y Leandro se quieren todavía y han pensado escapar juntos.

VIE. 1.ª *(Persignándose.)* ¡Cuánto escándalo y licencia, Jesús bendito!

CONS. *(Por la derecha.)* Presto nos honráis con vuestra presencia, señores míos. Aún falta para que empecemos.

VIE. 1.º ¿Sois comedianta? ¡Buena pieza seréis! ¡No debierais vivir entre cristianos!

CONS. A nadie hacemos mal, y vivimos humildemente y con el santo temor de Dios.

MOZ. 1.ª *(A Constanza.)* No hagáis caso. Son sermones de viejos.

VIE. 1.º ¡De viejos que han visto llegar la perdición a este pacífico lugar con la llegada de los cómicos, que Dios confunda!

MOZ. 1.ª ¿Lo decís por Leandro y Mari-Cruz?

VIE. 1.º ¡Lo digo por Lucifer!

MOZ. 1.ª ¡Bien hará si se aman! ¡El amor lo envía el cielo!

CONS. Dadme licencia y me retiraré, que he de vestirme para la representación. *(Cruza la escena y entra en el retablillo.)*

ALG. *(Por la derecha.)* ¡Vecinas y vecinos! ¡Qué mujeres! ¡Que mujeres! ¡Cuánta falsedad y desenfreno!

VARIOS. ¿Pero habéis sabido?

ALG. ¡Todo!

VARIOS. ¡Contad! ¡Contad!

MÚSICA

Alguacil mayor y *Coro* de murmuradores de ambos *sexos.*

ALG. Lo que yo pesqué, lo que yo me sé,
en secreto diré, qué barbaridad.

CORO. Decidnos al punto todo vos, por Dios.

ALG. Pues que el ganapán y la Mari-Cruz
vuelven a su querer de la juventud.

CORO. Ay, Dios mío, qué lances;
ay, Dios mío, qué trances.
Jesús, Jesús, Jesús.

ALG. Han pensado en escapar
los dos del lugar
sin temor ni fe de Dios,
felices los dos.
Y si el pobre Juan Manuel
se llega a enterar.

De lo que han de hacer con él
se habrá de vengar.

CORO. Bien podrá ser que ese amor,
amor pecador,
que el rufián jura tener
por esa mujer,
al lugar traiga el horror
de su liviandad
si enojó la voluntad
de nuestro Señor.

ALG. Ay, Dios, qué procederes;
ay, qué malas mujeres;
ay, buscáis los placeres
y el otro en la higuera está.

CORO. Ay, vida desdichada;
ay, la malmaridada,
ay, que va a ser sonada
esta noche en el lugar.

ALG. Bien me temo yo, y ha de ser así,
que nos vaya a pasar
algo gordo aquí.

CORO. ¿Sabéis más cosas de ese amor?,
qué horror.

ALG. Yo sé a buen saber,
qué fatalidad,
que a don Juan Manuel
le van a burlar.

CORO. Ay, Dios mío, qué lances;
ay, Dios mío, qué trances.

ALG. Piensa Leandro partir
con ella y huír
los dos juntos del lugar
sin más esperar.
Y al pobre de Juan Manuel,
si tal es verdad,
poca gracia le ha de hacer,
como es natural.

CORO. Bien podrá ser que ese amor,
amor pecador,
que el rufián jura tener
por esa mujer

al lugar traiga el horror
de su liviandad
si enojó la voluntad
de Nuestro Señor.

ALG. Ay, Dios, qué procederes;
ay, qué malas mujeres;
ay, buscáis los placeres
y el otro en la higuera está.

CORO. Ay, vida desdichada;
ay, la malmaridada;
ay, que va a ser sonada
esta noche en el lugar.

ALG. Nos proteja Dios.
Parece mentira tanta liviandad.

HABLADO

CORRE. ¡Ya basta de parloteo! Cada cual vaya a recoger su silla, y acomódense todos con orden y concierto, ya que tan pronto empiece la representación no ha de escucharse en el público ni el vuelo de una mosca. ¿Habéisme escuchado o no? ¡Cada cual a por su silla!... *(Todos, en grupos, desaparecen por las puertas de los tres mesones. Cuando el Corregidor, que va el último, está próximo a entrarse en el "Mesón de las Palomas", le llama Mari-Cruz.)*

MARI-C. No os marchéis, Corregidor.

CORRE. Voy por mi asiento.

MARI-C. Esperad.

CORRE. ¿Qué me queréis?

MARI-C. *(Embarazosa y turbada.)*
Que se dice...

CORRE. ¿Pero qué es eso? ¿Tembláis?...

MARI-C. Es que una infame conjura
contra los cómicos hay
y han tramado apalearles...
¡Señor, no lo consintáis!
¡Que se vayan en buen hora,
pero no les hagáis mal!

TERE. *(En son de viva protesta.)*

¿Estáis loca? ¿Que se vayan?
MARI-C. ¡Cuanto antes!
TERE. *(Enojándose graciosamente.)*
¿Faltaba más?
¡Si estuvierais en mi caso!
Bien se advierte que no amáis
como yo a los comediantes,
que les amo hasta rabiar.
MARI-C. *(Suspirando.)*
¡Tú qué sabes lo que dices
ni qué sabes tú de amar!...
CORRE. Tranquilizaos, porque a todo
se apresta mi autoridad.
Sé lo que urdido se tienen
vuestro esposo y otros más,
pero la función, ¡por Cristo!,
hase de representar,
quieran o no los contrarios,
con orden, respeto y paz.
TERE. *(Con mucho júbilo.)*
¡Bravo! ¡Bien! ¡Que no se vayan
los cómicos del lugar!
CORRE. *(Chanceando.)*
¿Lo decís por Corchuelillo?
TERE. Ese no me gusta ya.
Ahora es otro.
CORRE. ¿Quién entonces?
TERE. Otro que me gusta más.
CORRE. ¿De novio como de sayas
mudas?
TERE. ¿Y eso qué más da?
(Acercándose con mucha zalamería al Corregidor y mirándole fija y provocativamente.)
¿No pensáis, Corregidor,
que lo importante es amar?
CORRE. *(Un poco turbado por la mirada de Teresa.)*
Mira, mira... Teresica...
no me tientes..., ¡voto va!
TERE. *(Redoblando la zalamería.)*
¿Os enojo?
CORRE. No me tientes...

TERE. ¿Es que... vaisme a encarcelar?...
CORRE. Fuera razón, Teresica,
porque aviesamente estás
echando sobre mis nieves
lumbres de tu mocedad.
MARI-C. Con tanto hablar, olvidamos
lo que ha de importarnos más.
TERE. *(Viva y alegremente.)*
¡Lo que importa es que no salgan
los cómicos del lugar!
¡Ya eres feliz, Teresica!
¡De todo tenemos ya!
Soldados en los cuarteles,
curas en la catedral
y en el mesón comediantes...
¡Bien puedes enamorar!
MARI-C. ¿Pero esta loca qué dice?
TERE. ¿Qué digo? ¡Pues la verdad!
MARI-C. *(Al Corregidor.)*
En fin, decidme, ¿podemos
estar ciertas de que ya
no ha de ocurrir a esos pobres
comediantes ningún mal?
CORRE. Sí, a fe, que a las buenas letras
todos hemos de amparar.
Mas voy a los aposentos
del ventero, que hora es ya
de que estén los conjurados
y es prudente vigilar.
(Entrase en el "Mesón de las Palomas".)
TERE. *(A Mari-Cruz, mirando hacia la izquierda.)*
¡Vuestro esposo!... ¡Pues con éste
no me atrevo! ¡Adiós quedad!
(Vase tras el Corregidor.)

ESCENA II

Mari-Cruz y *Juan Manuel*, por la izquierda.

JUAN M. Sabía de hallarte aquí.
MARI-C. Ya os lo dije.

JUAN M. Lo dijiste,
pero se me antoja a mí
que algo callaste...
MARI-C. *(Cada vez más turbada.)*
¿Yo?...
JUAN M. *(Con emoción cada vez más creciente.)*
Dí,
Mari-Cruz, ¿por qué estás triste?
MARI-C. Como siempre...
JUAN M. ¡No!
MARI-C. Es manía
que tenéis...
JUAN M. No, esposa mía,
sufres, y no se me alcanza
cuál es tu melancolía
ni cuál tu desesperanza.
Todo lo tienes, mujer:
pobres a quien socorrer,
criados a quien mandar,
un esposo a quien querer
y un nombre que respetar.
Pan blanco en tu mesa honrada,
buen lecho para el descanso,
tierra rica y bien sembrada
y el venturoso remanso
de una vida sosegada.
Y hondo y recio amor en mí,
que antes mi hacienda perdida
quiero que perderte a ti,
¡porque arrancarte de mí
fuera arrancarme la vida!
MARI-C. ¡Juan Manuel!...
JUAN M. ¡Mi bien amado,
yo te diré en confesión
que tu amor, como un arado...
MARI-C. ¡Por Dios, callad!...
JUAN M. Me ha cavado
un surco en el corazón.
Dulce siembra de esperanza
en él alienta y germina,
¡no malogre tu mudanza

esta cosecha divina
de mi amorosa labranza!
Deja de ser novelera...

MARI-C. ¿Qué decís?...

JUAN-M. Y vé en buen hora.

MARI-C. No entiendo...

JUAN M. *(Atajándola.)*
...que no pudiera
ser nunca una aventurera
una honrada labradora.
Torna a tu ser y razón.
¡Mira que una perdición
sobrevenir puede al punto,
y que tengo un mal barrunto
de muerte en el corazón!
(La emoción, la lealtad y el amor con que habla Juan Manuel ha hecho saltar el llanto en los ojos de Mari-Cruz. Juan Manuel lo observa y exclama, tras una pausa breve.)
¿Lloras, Mari-Cruz?... Tu llanto,
con entristecerme tanto,
lleva alegría en su pena,
¡porque me dice tu llanto
que mi Mari-Cruz es buena!...
(La toma dulce y amorosamente, y la reclina sobre su pecho.)
Olvida y he mi perdón,
y sosiega tu emoción
en mi pecho noble y sano,
que no ha corazón de histrión,
¡sino el recio corazón
de un labrador castellano!...
(Transcurre un instante en silencio y salen por las puertas de los otros mesones las personas que han de componer el público para la representación de los comediantes; cada uno de los que salen porta una silla de la mano. Colócanlas en hileras frente al retablillo y siéntanse con orden y en silencio.)

JUAN M. *(A Mari-Cruz, que se ha separado un poco de su esposo al salir los del público.)*

¿Qué tienes?

MARI-C. No sé... tristeza...

ESCENA III

Dichos, Corchuelo y *Constanza,* en el tabladillo.

CORCH. *(Apareciendo en el escenario, cuya cortina se ha levantado.)*
¡Noble senado! Me escudo
en vuestra gran gentileza...

JUAN M. *(A Mari-Cruz.)*
¡Vamos!...

CORCH. Y os mando el saludo...

JUAN M. *(A Mari-Cruz.)*
¡Vamos!...

MARI-C. *(En tono desmayado y emocionado.)*
¡Esperad, que empieza!...

CORCH. De estos pobres comediantes.
Más bien os parezca que antes
de principiar la función
una de nuestras farsantes
os pida lo que es razón.
(Dando una voz.)
¡Constanza aquí!...
(Aparece una farandulera vestida con un raido manto de corte y una gran corona real de hoja de lata sobre las sienes.)
¿Ya vestida
de reina?
(Tras una gran reverencia.)
¡Pues, majestad,
pedid limosna en seguida
a la rica y distinguida
nobleza de esta ciudad!
Y canta alegre y galana,
para mejor convencer,
la jácara cortesana
que ha escrito Villamediana
contra el alguacil Verger.
(Constanza, risueña, se despoja de la corona,

baja una pequeña gradería que une el retablillo con el piso de la calle, y canta con una bandeja en la mano.)

MÚSICA

CONS. El trala se canta y baila,
el trala es la tonadilla
que ahora se canta en Madrid
para que rabie la esposa
de Verger el alguacil.
Que a su mujer los amantes
regalan diamantes
sabe el ministril,
y el trala, al ver sus preseas,
con mala idea repite así:
"Mirad cómo se pasea
con tanta presea
el pobre Verger,
con los diamantes que antes
eran diamantes de su mujer."
El trala se canta y baila.

SEGUNDA LETRA

Ayer dijo a una coqueta
un galán muy chiquitín:
"Yo haré una cosa muy grande
por que vos me améis a mí."
La dama, al verle tan chico,
le dijo con burla:
"Vos qué habéis de hacer",
y sin volver la cabeza
con otras damas
de allí se fué.
¿Por qué la dama burlona
no oyó la promesa
del pobre galán?
Porque de un novio tan chico
cosa muy grande no hay que esperar.

ESCENA IV

Aparece *Leandro* en el tabladillo. Hay un gran revuelo en el público entre los conjurados en contra de los cómicos.

CORRE. *(En pie y con la vara en alto.)*
¡Orden! ¡Silencio!
(Acállanse los rumores.)

LEAN. Respetable senado: esta farsa, que es mía,
tiene algo de mi vida miserable e inquieta;
yo quisiera impregnaros de la melancolía
y del dolor que siente mi corazón poeta.
En la farsa intervienen el dolor y el amor,
¡amor, locura insigne, que la vida engalana!;
también el egoísmo, la avaricia, el error;
creo que encontraréis mi farsa muy humana.
Voy a empezar mi cuento. Erase que se era
una mañana limpia y azul de primavera,
que daban las acacias su perfume nupcial
y las claras campanas su canción de cristal.
Lugar de acción: un pueblo al pie de una colina
hundido en un bellaco pantano de rutina.
(Rumores.)
Figuras de la farsa: un vagabundo histrión
y una triste mujer que se muere de pena
se aman, pero no pueden confesar su pasión;
son los protagonistas de mi triste poema.
(Crecen los rumores. Mari-Cruz da muestras de inquietud, y ha ido inconscientemente apartándose de Juan Manuel y acercándose al tabladillo.)

TERE. *(Al oído de Mari-Cruz.)*
María, estás muy pálida, ¿te sientes mal?

MARI-C. No es nada.

LEAN. Señores: continúo la historia comenzada;
el padre de la moza, un hidalgo antañón
con alma rancia y férrea igual que su blasón,
es pobre, y por dorar su escudo solariego,
vendió su hija a las cnzas villanas de un la-
[briego.
(Crecen alarmantemente los rumores.)

JUAN M. *(Avanzando amenazador hacia el retablillo.)*
¡La historieta yo creo que pica ya en historia!

LEAN. Ved que sólo es la trama de una historia iluso-
[ria.

JUAN M. ¡Yo no sufro el oprobio de tanta impertinencia!

CORRE. *(Sujetando con energía a Juan Manuel, que quiere lanzarse contra Leandro.)*
¡Atrás, don Juan Manuel!... ¡Todos callen!
[¡Prudencia!
(Decrecen un poco las muestras de hostilidad. Mari-Cruz está anhelante y asustadísima. Leandro prosigue:)

LEAN. Continúo. Habéis visto que su rancia hidalguía
no impide para que haga de un alma mercancía.
Te supongo indignado, concurso respetable.

JUAN M. *(Pugnando con el Corregidor.)*
¡Esto ya es insufrible!

LEAN. ¿Le molesta mi cuento?
Vea que todo es farsa. Sigo con mi argumento.
El amante, entretanto, el que diera su vida
por ella, escarnecido y con el alma hundida
en el más angustioso dolor de los dolores,
al renunciar, llorando, a todos sus amores,
hace absurdas piruetas para la diversión
de un público que al cabo no es más que un
[pobre histrión.
Pero no os fiéis del bufón, porque luego
ha de ser como un látigo su palabra de fuego
que al pueblo miserable le gritará: ¡canalla!,
y la cara de todos cruzará con su tralla.
(Escándalo enorme.)

VOZ. ¡Nos están insultando los cómicos odiosos!

OTRA. ¡Debemos de matarles como a perros rabiosos!

CORRE. *(Imponiéndose a grandes gritos.)*
¡No hay agravio! ¡Es la sola ficción de una
[comedia!
¡Todos callen al punto!

TERE. *(A Mari-Cruz.)*
Si Dios no lo remedia
va a ocurrir algo grave.

MARI-C. *(Aparte, a Teresa.)*
¡Que se calle, Dios mío!
CORRE. ¡Al que grite, lo prendo! ¡Se acabó el vocerío!
VOZ. ¡Decís bien, que se callen, señor Corregidor!
VOCES. ¡Fuera! ¡Fuera!
OTRAS. ¡Silencio!
MARI-C. *(Aparte, a Teresa.)*
¡Virgen Santa, qué horror!
LEAN. Respetable senado: como yo suponía,
os ha indignado mucho esta fábula mía.
Continúo.
VOZ. ¡Marchaos, miserables bufones!
LEAN. Y se indignaba el pueblo contra de los his-
[triones
que entre sus bambalinas y entre sus oropeles
iban con ironías marcando amargos trazos,
y así, burla burlando, entre los cascabeles,
vibraban sus verdades igual que latigazos.
VOZ. Ha llegado el momento. ¡A ellos!
(Armase un gran revuelo. Unos quieren lanzarse al retablillo y otros los contienen. El Corregidor y unos hombres a sus órdenes, luchan con Juan Manuel, que pugna por saltar sobre Leandro.)
LEAN. ... Y parecía
aquel pueblo mezquino igual que una jauría.
Todos contra uno solo. ¡Qué bravo galardón!
¡Y atrás, perros cobardes!..., les gritaba el his-
[trión.
VOZ. ¡Muera Leandro!
LEAN. —¡Muera!—gritaba jadeante
aquel pueblo cretino contra del comediante.
Y loca de tristeza, la mujer que lo vió...
VOZ. ¡Arrastradle!
OTRA. ¡Ninguno le ha de defender!
MARI-C. *(Interponiéndose entre Leandro y los que ya están cerca de él, amenazadores.)*
¡Yo!
CORRE. ¡Se acabó la comedia!
(Blandiendo la vara.)
LEAN. Respetable senado;

sigue hablando el histrión de rostro enharinado;
la hermosa prisionera que a su amante quería,
tuvo ante el pueblo un noble gesto de rebeldía,
y loco de dolor, el triste comediante
(La toma por la cintura.)
gritó, el alma perdida, en un ciego arrebato:
¡en este instante es mía!, ¡tan sólo en este ins-
[tante!,
¡y al que quiera arrancarla de mis brazos, le
[mato!
(La confusión es enorme. Juan Manuel ha derribado algunos hombres de los que le sujetaban, y ya está cerca de Leandro, encendido de ira, cuando lo sujetan entre muchos. Mientras cae el

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

Descampado. A la derecha, la trasera de la casa de Mari-Cruz. Es de noche. El claro de luna ilumina la escena. Al levantarse el telón, aparece desierto el escenario. Por los caminos cercanos pasan los carros de los labradores, y se oyen coplas de arrieros y labriegos.

ESCENA I

Nadie al principio. Luego *Teresa* y *Verúlez,* comediante.

VOZ. *(De hombre, lejos.)*
Apañando aceitunas
se hacen las bodas,
y el que no va a aceitunas
no se enamora.
Echa p'acá la cara,
varilarguera.
Echa p'acá la cara,
que yo la vea.

VOZ. *(De mujer que trajina en una era próxima.)*
Disimula en las eras
los tus amores,
que vigilan y entienden

los labradores.
Dime a solas y en casa
los tus decires,
donde no sienta nadie
que me los dices.
(Verúlez y Teresa por la izquierda.)

VERU. Bien, preciosa. Con Dios queda, y déjame marchar. Mis compañeros aguardan para el viaje.

TERE. No se irán tan agudos. Aún ha de venir Leandro para despedirse de Mari-Cruz.

VERU. ¿Estás segura?

TERE. Yo lo concerté con ellos. ¡Como no está Juan Manuel!...

VERU. ¡No mientes a ese basilisco! ¡Recuerdo sus iras y no me llega la carne al hueso recordándole! Así se quitaba los hombres de encima para llegar hasta Leandro y despedazarlo como si fuesen muñecos. ¡Qué sangre y qué puños, Virgen Santa!

TERE. Pues no olvides a Leandro. ¡Vaya un valiente! ¡Con qué arrogancia desafiaba a todos! ¡Qué lástima que sólo tenga ojos para Mari-Cruz! *(Suspirando.)* ¡Es el único que se me ha escapado de la compañía!

VERU. ¡Coqueta!

TERE. Pero a ti es a quien más amo, Verúlez. No te enojes. ¿Quieres que te repita que eres todo mi amor?

VERU. Lo que quiero es irme. Desde el escándalo de ayer, veo a Juan Manuel por todas partes.

TERE. Pero ¿no os digo que está fuera? Las mujeres hacemos creer a los hombres cuanto nos place. Mari-Cruz le afirmó entre lágrimas que defendió a Leandro por ver a todos contra él, como hubiera amparado a un desconocido, por caridad cristiana, sin otro sentimiento impuro, y Juan Manuel, por no ofenderla dudando de su llanto y de su honra, no quiso aplazar un viaje que tenía dispuesto para hoy mismo, sobre el arriendo de unas tierras.

VERU. ¿Y no es extraño todo eso, Teresica?

TERE. La misma Mari-Cruz, en presencia de Juan Manuel, influyó con el Corregidor para que os fueseis los cómicos cuanto antes, y hoy hemos concertado que venga Leandro a despedirse, y que salgáis del lugar para siempre. *(Suspirando.)* ¡Contigo se va mi corazón, Verúlez!

VERU. Mal hará Leandro en venir. Pese a tu tranquilidad, yo veo a Juan Manuel por todas partes.

ESCENA II

Por el fondo, recatado y cauteloso, aparece *Juan Manuel*, y se dirige, con pasos tácitos, hacia *Teresa*, que estará de espaldas.

TERE. ¡Cobarde!

VERU. *(Descubriendo a Juan Manuel, que pretende llegar a escondidas y de improviso.)*
¡Le veo! ¡Le veo!
(Juan Manuel toma violentamente por una mano a Teresa.)

TERE. *(Aterrándose.)*
¡Juan Manuel!...

JUAN M. ¡Mírame! ¡Sí!
¡Soy yo mismo¡

TERE. ¡Dios eterno!
¿No os marchasteis?

JUAN M. Lo fingí.
¡Y no sé si estoy aquí
o entre llamas del infierno!

TERE. ¿Qué os proponéis?

JUAN. M. Vigilar.
Y si osaran deshonrar
mi honor, mi fama y mi nombre,
¡demostrarles que soy hombre
imposible de burlar!
De Mari-Cruz la traición,
si consigo descubrirla,
no habrá piedad ni perdón,
¡aunque el puñal al herirla
me destroce el corazón!
A él mi astucia hará venir,

y aquí hablarán descuidados,
¡y si pretenden huír,
Dios los coja confesados,
que aquí mismo han de morir!
(Verúlez, lleno de susto, quiere escapar. A Verúlez, sujetándole.)
¿Dónde vais?

VERU. *(Con muchísimo miedo.)*
¡De una carrera
a un negocio y vuelvo!

JUAN M. ¿Osarais
hacerlo? ¡Pues bueno fuera
que escapaseis y estorbarais
mi venganza justiciera!

VERU. ¡Señor!...

JUAN M. ¡Idos en seguida
a esa calle sin salida,
y veáis lo que veáis,
si queréis salvar la vida,
ni rechistéis ni os mováis!

TERE. ¡Juan Manuel!...

JUAN M. ¡No replicad!

VERU. ¡Pero ved, señor!...

JUAN M. ¡Callad!

VERU. *(Aparte.)*
¡Qué pueblo! ¡Habremos comido,
pero cuidado si ha sido
con sustos!

JUAN M. ¡Vamos! ¡Entrad!
(Teresa y Verúlez obedecen, temblando, y desaparecen por la derecha, donde las tapias de la huerta de Mari-Cruz se supone que cierran el camino.)

ESCENA III

Juan Manuel, solo.

JUAN M. Antes quiero morir como cristiano
que sufrir la ponzoña y los desvelos
de estos daños mortales de los celos,
dolor el más cruel y el más tirano.

¡Que salga, al fin, con bien de este oceano
de buitres y de sierpes y de anhelos!
¡Que alguien vele por mí desde los cielos
y Dios nos tenga a todos de su mano!
¡Hazla inocente Tú, Virgen María!
¡No enrojezca mi mano dura y fuerte
con sangre de la dulce esposa mía!
¡Mari-Cruz a mis pies no caiga inerte,
y líbrame, Señor, de esta agonía
peor que la agonía de la muerte!
(Mira hacia la derecha, vislumbra a Leandro, y corre a ocultarse por el fondo.)

ESCENA IV

Leandro y *Calderón* y *Corchuelo*, por la derecha.

LEAN. Dejadme un solo instante.
CORCH. Todo está preparado;
ven, Leandro.
LEAN. Antes quiero dar mi adiós al pasado,
que pronto la miseria, la pena y la distancia
borrarán estas dulces memorias de la infancia.
Aquí se queda toda mi vida, la florida
ilusión de un amor que aromaba mi vida;
sin él haré mis tristes piruetas de histrión
como un polichinela roto y sin corazón.
CALD. ¡Pobre amigo! Te engaña tu extrema mocedad;
en nuestra vida nómada de doliente orfandad
no florece el amor, sólo hay que ir consiguiendo
un mendrugo de pan con que vivir muriendo...
CORCH. Las hembras son los diablos de la condenación;
nuestro sosiego enredan en su dulce maraña;
una cosa en el mundo tan sólo hay que no en-
[gaña.
LEAN. ¿Qué cosa es?
CORCH. Una opípara tortilla de jamón.
CALD. ¡Ah, glotón sempiterno! Feliz tú que has trocado
en estómago el alma. Mal oficio has tomado,
pues no llueven banquetes en nuestra vida
[errante.

Tienes mucho apetito para ser comediante.

CORCH. ¡Qué queréis! Es la sola cosa que me fascina;
mi pasión es el fuerte aroma de cocina,
que infla glotonamente mi apéndice nasal
al son de los alegres peroles de metal.
Yo nací para obispo, y equivoqué la guía,
y ando cruzando pueblos, trotando carreteras,
aullando por los perros, por mi amor a Talía...
y a costa de mis tripas y de mis posaderas.

CALD. Ven, Leandro; estos sitios aumentan tu tor-
[mento,

LEAN. Dejadme, amigos míos, un instante no más;
quisiera verla a solas, aunque fuera un momento,
antes de separarnos para siempre jamás.
(Vanse Corchuelo y Calderón.)

ESCENA V

Leandro, solo.

LEAN. ¡Vieja fuente de piedra, plazoleta aldeana,
toda blanca de luna en la noche vernal!
Tenéis una voz íntima, remota y musical
que habla a mi corazón con ternuras de her-
[mana.
En este rinconcito de añorante sosiego
se queda cuanto amé... Sólo, en este rincón,
puede llorar el triste comediante andariego
la angustiosa comedia del propio corazón.
Sin luz, ni bambalinas, ni afeites, ni comparsa,
la emoción es más honda y el gesto más sin-
[cero;
me rompe el corazón la verdad de la farsa
y se asoma a mis ojos un llanto verdadero.
¡Oh, reja de la novia, toda casta y florida;
poema ilusionado de la primera edad!
¿Por qué las pocas cosas bellas que hay en la
[vida
no habrán de tener una gracia de eternidad?
Pero hay que huír de aquí a otras tierras y
[aprisa,

sin que nadie se entere de mi tribulación;
que no sepan que sufro. ¡Fuera cosa de risa,
de una terrible risa, ver llorar a un bufón!

ESCENA VI

Leandro y *Mari-Cruz*, a la puerta de su casa; coro de comediantes dentro. Toda esta escena va recitada sobre música.

HABLADO

MARI-C. ¡Leandro!
LEAN. ¿Vienes a hacer más cruel y dolorida
con tu presencia esta hora de eterna despedida?
MARI-C. ¡No nos veremos más!
LEAN. ¡Ya nunca más, mi amor!
¿Comprendes de esta frase el tremendo sentido?
¿No hay en tu pecho nada que desgarre el dolor,
que se deshaga en llanto o estalle en un ge-
[mido?
MARI-C. Tú eres mi gran cariño, el único, el constante;
cuando tú estés muy lejos, siempre mi labio
[amante
suspirará tu nombre y este amor inmortal
irá a rozar tu frente como un beso ideal.
LEAN. *(La coge del talle.)*
¡Mari-Cruz!
MARI-C. Yo entretanto, en la aldea escondida,
lloraré, ¡que no en vano se destroza una vida!
Tú vivirás mejor, con los faranduleros,
gente jovial, chistosos y alegres compañeros.
LEAN. Es vida de alegría, de piruetas, de encanto,
como un cascabel loco que alborota sin tino;
pero esos corazones se deshacen en llanto
a solas, en los tristes mesones del camino.
CORO. *(De cómicos, dentro.)*
Caminar sin una ilusión
camino adelante,
sin sentir nunca la emoción
de una voz amante.

LEAN. ¡Vamos pronto, es la triste canción de despe-
[dida!
MARI-C. ¡No, no puedo!
(Con gran lucha interior.)
LEAN. ¡Es la dicha que nos está esperando!
¡Es el amor que pasa por tu puerta cantando,
y el amor no florece dos veces en la vida!

MÚSICA

LEAN. Mi dulce bien, quiere al fin Dios
que estemos solos, Mari-Cruz mía, con nuestro
[amor.
Mi corazón, cuando te vi,
con añorante melancolía
lloró por ti.
Divino amor que no gocé,
tú fuiste siempre todo en la vida
cuanto soñé.
MARI-C. Qué amarga turbación
me embarga la emoción.
Jamás debiste aquí volver
para aumentar mi padecer
LEAN. No sé por qué fatalidad
leo en tus ojos algo
que en vano quiero callar.
MARI-C. Ya casada estoy con otro
y de amor no debo hablarte;
no me hables de cariño,
porque ya no puedo amarte
LEAN. Sueño que adoraba yo,
sueño que me traicionó.
Un loco fuí, pues no pensé
que me olvidaras, dulce amor mío,
y me engañé.
Pobre de mí, cuánto dolor
cómo ha podido dar al olvido
tan hondo amor.
MARI-C. Vete, Leandro; por Dios, ten piedad de mí,
ten piedad y no me hagas sufrir.
LEAN. Ya olvidaste que en tu reja

te cantaba esta canción.
Tus ojos negros,
cuando me miran, mi amor,
son estrellas que iluminan
el altar del corazón.

MARI-C. Leandro mío,
no me recuerdes esa canción.

LEAN. Mari-Cruz mía,
me mataría el dolor
si apagadas algún día fatal,
las estrellas dejasen sin luz ese altar.

MARI-C. Esa canción no cantes más;
por Dios, Leandro, vete ya.

LEAN. Mari-Cruz, mi sueño de oro
destruíste, y aún te adoro.

MARI-C. Abandona estos lugares
que al cruzar son el camino;
nuestras almas ya fijaron,
con quererse, su destino.

LOS DOS. No comprende mi sufrir,
no comprende mi dolor;
al verme junto a ti, mi amor,
la luz de la esperanza
en mí brotó.
Clara luz, mi dulce bien,
que el alma llenas de resplandor;
al verme junto a ti, mi amor,
la luz de la esperanza en mí brotó.
Aquel amor que yo soñé,
que era mi vida y mi ilusión,
se fué.
¿Por qué, Señor, nació este amor?

MARI-C. ¡Imposible, Leandro, vete!

CALD. ¡Ven, que es baldío
tu empeño; entre nosotros tu amor olvidarás!

LEAN. ¡No me has querido nunca!
(Partiendo con Calderón.)

MARI-C. ¡Siempre te amé, amor mío!

LEAN. ¡Adiós!

MARI-C, ¡Adiós, Leandro!

LEAN. ¡Hasta nunca jamás!

(Sale. Se oye, al alejarse, la algarabía de los comediantes. Mari-Cruz queda en el centro de la escena; tras de una breve pausa, tiene un impulso de decisión.)

ESCENA ULTIMA

Mari-Cruz, Juan Manuel, Teresa y *Verúlez.*

MARI-C. ¡Se va! ¡Va a ser eterna nuestra separación!
¡Oh, no! ¡Leandro, espera!
(Salen por el fondo Juan Manuel, Teresa y Verúlez.)

TERE. *(Como advirtiéndola. Aparte.)*
¿Estás loca, mujer?

JUAN M. *(Radiante de gozo al ver que se ha ido Leandro y que Mari-Cruz está allí.)*
¡Dios te premie el esfuerzo de enfrenar tu pa-
[sión!

MARI-C. ¡Yo he de ser, sobre todo, sumisa a mi deber,
aunque sangre y se muera de angustia el co-
[razón!

VERU. ¡Adiós!
(Vase corriendo.)

TERE. *(Aparate.)*
¡Adiós los sueños de amor y de ventura!

JUAN M. *(A Mari-Cruz.)*
Milagros, poco a poco, ha de hacer mi ternura.
¡Dios te colme de dichas por el bien que me das!
¡Toda el alma me llenas de tu paz y dulzura!

MARI-C. *(Abrazando a Teresa, sollozando y aparte.)*
¡Pero el amor se marcha para siempre jamás!
(Se oye a lo lejos a los cómicos mientras baja el telón.)

Llenad las copas de vino alegre;
estad dispuestos para marchar;
salid, muchachas, a vuestras rejas,
que la farándula no volverá.

TELÓN

LEA USTED

EL TEATRO
=MODERNO=

QUE PUBLICA INTEGRAMENTE

LAS OBRAS DE GRAN ÉXITO
DE LOS MEJORES AUTORES

LUJOSA EDICION

50 CENTIMOS

1710

Imp. Sáez Hermanos.
Norte, 21. — Madrid.